

Ha desaparecido un notable músico

Algo sobre la obra del Mtro. Julián Lavilla

Cientos de niños renterianos recibieron de él las primeras lecciones de Solfeo; y su propia marcha fúnebre "Camino doloroso" le acompañó en el último paseo aquel 30 de Enero...



En la acostumbrada sección de esta Revista queda consignado el nombre del querido amigo Julián Lavilla, cuya inesperada y súbita desaparición nos dolió como duelen las desgracias cuando son cosa muy de uno y llegan, por esto mismo, a lo más recóndito del alma...

Julián Lavilla, con cuya buena amistad nos honrábamos desde hacía treinta años, tenía una acusada personalidad artística, que consideramos de justicia destacar en esta hora suprema de su muerte.

Procedente de Zaragoza, donde sirvió en el Regimiento de Infantería de aquella guarnición, pasó al de "La Constitución" n.º 29, de Pamplona, en la banda del cual figuró como músico de 2.ª

Una vez en Rentería, en 1927, obtuvo, por oposición, la plaza de profesor de Solfeo de nuestra Academia de Música. Simultáneamente y por idéntico procedimiento, conseguía un puesto en la plantilla de funcionarios de la Administración Municipal renteriana.

Acomodado ya entre nosotros, Lavilla decidió ampliar y perfeccionar sus conocimientos musicales; recibiendo, al efecto, lecciones de Armonía del ilustre profesor D. Tomás Garbizu.

La labor de Julián Lavilla como titular de la enseñanza de Solfeo en la Academia local fué amplia, eficaz y consistente; y son hoy numerosísimos los renterianos que acreditan con orgullosa satisfacción haber recibido del notable artista, desaparecido tan prematuramente, los conocimientos básicos de su sólida preparación musical actual.

La obra de Lavilla, en cuanto a Composición es muy meritoria, copiosa y variada.

Entre las más destacadas, recordaremos los siguientes títulos:

«Ben-Hur» (suite.)

«Elena de Vergara», zarzuela, de concepción grandiosa y moderna, ya conocida y alabada por los críticos en los diarios donostiarras, pero que el finado no llegó a ver en los escenarios, a causa de las proverbiales dificultades que suelen oponerse al estreno de toda producción teatral de autores no consagrados públicamente.

«Niska», suite en cuatro tiempos—Llegada, Serenata, Duo de Amor y Fiesta en Palacio—que llevan en sus respectivos repertorios las bandas de Irún y Rentería.

De las varias obras de Lavilla de ambiente vasco—en el que él se compenetró tan a maravilla, captando en lo musical hasta los más recónditos e insospechados matices—es forzoso recordar las tituladas:

«Errenderi» (marcha.)

«Basarri onduan» (escenas vascas.)

«Junto a la ermita», sobre el poema descriptivo de D. Antonio Cobreros, que Lavilla dedicó, con afecto y admiración, al Mtro. D. José María Iraola, director de la Banda de Rentería.

En todas estas obras vascas del extinto compositor, pero singularmente en la última, es de alabar la considerable y bien estudiada intervención que tiene ese instrumento característico y de tan difícil manejo en el pentagrama que es el «txistu.»

En su obra esencialmente popular—chotis, farruacas, boleros, tangos..., todos ellos excelentes bailables—debe hacerse una especial mención de sus pasodobles de ambiente andaluz y gitano, dos de los cuales—en verdad «hermosos y finos», según opinión de un entendido—fueron interpretados cientos de veces y siempre con el mismo éxito; se titulan «Lamento gitano» y «Suspiro cañí.»

Cerraremos este breve resumen de la obra musical del Mtro. Julian Lavilla—y consideramos preciso anteponer el nombre al apellido del finado toda vez que, como se sabe, el hijo de aquél, Félix, es también un gran ejecutante y un consumado maestro—aludiendo a su repertorio sentimental y destacando de él sus marchas fúnebres «Camino doloroso» y «Mater Dolorosa», que el autor dedicó, respectivamente, a su padre y a su hermana.

La tarde del domingo 30 de Enero de 1955, en que todo Rentería—sin distinción de clases sociales—acompañó a Julián Lavilla a su última morada, la Banda, al frente de la cual iba su Director, el Maestro Iraola, siguió al féretro interpretando la primera de ambas marchas, en cuya ejecución ponían todos el alma entera, ya que era el último homenaje terreno al gran amigo y compañero a quien tanto querían y admiraban y que se les iba para siempre...